

pasarán en este día  
 escenas ¡ay! silenciosas,  
 que no ve la vista humana  
 y serán conmovedoras:  
 ya la madre que desea  
 besar al hijo que adora,  
 ya el abuelo que sonríe  
 oyendo sobre las losas  
 las pisadas infantiles  
 de su nietecita, absorta  
 y conmovida, brillando  
 allí con su luz de aurora,  
 ya el marido enamorado,  
 buscando entre las personas  
 que pasan, a la que fue  
 para él una amante esposa,  
 ya el tierno infante que sufre  
 ante su madre que llora,  
 y quiere asirle el cabello  
 con sus bracitos de sombra.  
 Y luego, cuando la noche  
 desciende y se queda sola  
 aquella ciudad de muertos,  
 ¡que lúgubre y pavorosa  
 se escucha la voz doliente  
 que llama desde las bóvedas!

1903

### A UNA INSPIRADA POETISA

Hay en tus versos, señora,  
 tan grata melancolía,  
 que bien en ellos revelas  
 tus sentimientos de artista.

Y al escuchar los acordes  
 dulcísimos de tu lira  
 brotó la envidia en mi pecho  
 al par de la simpatía.

Porque en eso de sentir  
 ansias locas, infinitas,  
 de placeres ideales  
 que no hallamos en la vida;

y en eso de sufrir penas  
 profundas, nostalgias íntimas  
 que llevan llanto a los ojos,  
 y al labio dejos de acíbar,

si no te ofende, señora,  
 permíteme que lo diga:  
 tu alma modesta y sensible  
 es hermana de la mía.

1905

### PRIMER TRIBUTO

*En el album de don E. G.*

Musa, Musa gentil, amada mía,  
 melancólica y dulce cual ninguna,  
 que con fulgores plácidos de Luna  
 prodigas el raudal de tu armonía,

pues has sido mi tierna confidente,  
 hoy que con ansia y con amor te llamo,  
 desde compasiva a mi reclamo:  
 ven tu beso a posar sobre mi frente.

Cuando mi anhelo comp'acer procuras,  
 haces que salga airoso de mi empeño  
 y que vierta en la copa del ensueño  
 el ánfora de miel de mis ternuras.

Como la dama cuyas gracias canto  
 reina en el corazón de quien la adora  
 y es «de sus pensamientos la Señora,»  
 hasta una Reina mi canción levanto.

En rendirle debido vasallaje  
 por mi dicha y honor soy el primero;  
 mas sólo un ramo de violetas quiero  
 ofrecerle cual rústico homenaje.

Y más pobre será la ofrenda mía,  
 cuando vengan los otros servidores  
 a presentarle primorosas flores  
 y joyeles de rica pedrería.

1914

## LUCTUOSAS

*A la memoria de la señora doña  
María P. Alvarado de Echeverría*

Tendiste ya las alas presurosas  
a la región del bien y de la luz  
y como bello rastro de tu vida  
dejaste aquí el amor y la virtud.

Todo es silencio, soledad, tristeza,  
bajo el amado techo del hogar  
y hay en tu prole lúgubre vacío,  
pues le falta tu aliento maternal;

Mas al través del piélagos celeste,  
recibe las sonrisas de tu amor.....  
y en el beso de luz de cada estrella  
le parece sentir tu bendición.

Para llegar, señora, ante el Eterno,  
te asiste carifosa de la cruz.  
Y hoy entonas tus cánticos de gloria  
a los pies del dulcísimo Jesús

1884

## RECUERDO

DEL DR. JUAN J. FLORES

Aquel varón ejemplar,  
de honradez acrisolada,  
alma noble consagrada  
a la patria y al hogar,

el que vivió del amor  
a la ciencia y al derecho,  
sin tener entre su pecho  
espacio para el rencor,

en su ardiente caridad  
confundi6 a propios y ajenos,  
no amaba sólo a los buenos;  
amaba a la humanidad.

Al pensar en la obsesión  
del hombre que le ofendía,  
por él tan sólo sentía  
una inmensa compasión.

Y cuando el hado inclemente  
le hirió con mayor violencia,  
pudo amargar su existencia,  
pero no abatir su frente.

Del alma de aquel anciano,  
a su paso por el mundo,  
nos queda el germen fecundo  
del verdadero cristiano.

1903

## UN RECUERDO

*A Juan Diego Braun*

Cumplido será mi anhelo:  
vivirán eternamente  
tus versos en nuestra mente,  
tu espíritu allá en el cielo.

Que fué tu vida apreciada  
mezcla de gozo y de pena,  
la vida de la azucena:  
pasajera y perfumada.

De la vida en el piélagos espumoso  
tropezó a cada paso tu barquilla  
con los escollos duros de la suerte,  
con los fantasmas negros de la envidia.

Y no pudo formar en su coraje  
aquella inmensidad embravecida,  
sino bucles de luz y de esmeralda  
al quererte oponer su airada linfa.

Después... la tarde azul, y el horizonte  
que a tus pupilas ávidas se abrió,  
mostrándote en hermoso panorama  
la dulce primavera de tu vida.

Luego el amor con sus perfumes suaves,  
sus palabras de miel y sus caricias,  
y un ángel que gustaba de tus cantos,  
y tú con tu canción adormecías.

Y tu barca gentil siempre adelante,  
y el cuadro encantador siempre a tu vista,  
y tú bogando, y sin cesar bogando,  
para alcanzar la playa bendecida.

Luego... una nube, luego la tormenta,  
luego la tempestad que estalló en ira:  
el rayo serpeaba en el espacio  
y la noche y la mar se confundían.

Luego... un choque fatal entre la sombra...  
después, gritos de muerte y de agonía...  
silencio aterrador..... y allá en la playa  
muchas voces de súplica infinita!

Muchos brazos alzándose a los cielos,  
y sollozos y lágrimas sentidas:  
son los seres queridos de tu alma,  
los corazones ¡ay! que te querían.

1884

DE LA CORONA FÚNEBRE  
DE MARÍA ZUÑIGA MONTÚFAR

RECUERDO

Huyó la dulce niña  
de ojos de cielo,  
del hogar en que ha sido  
luz y consuelo.

En el linde en que el ángel  
se transfigura,  
en virgen inocente  
graciosa y pura,

como frágil crisálida,  
tornóse en breve,  
en linda mariposa  
de alas de nieve.

Y huyó la dulce niña  
de ojos de cielo,  
del hogar en que ha sido  
luz y consuelo.

## UNA VIOLETA

*en la corona fúnebre de Pío Viquez*

En gratisimo solaz  
troqué yo mi negro hastío  
leyendo versos de Pío,  
el cantor de *La Torcaz*.

Vi asombrado cómo hacía,  
de sus más rudos dolores;  
brotar perfumadas flores  
su espléndida fantasía.

El tuvo numen fecundo  
y alma digna, por lo bella,  
de habitar en una estrella  
en vez de errar por el mundo.

Su corona, conmovida,  
hoy teje la amistad fiel. . .  
la corona de laurel  
que debió ostentar en vida.

Pero yo tan sólo intento  
llevar al dulce poeta,  
en esta humilde violeta,  
oculto mi pensamiento.

## UN RECUERDO

de la virtuosísima señora doña Pepa de Bertheau

Una alma toda ternura,  
toda luz y toda amor,  
vibrando siempre al impulso  
de alguna noble pasión.

En ella, hasta el más humilde,  
palabras de afecto halló,  
en sus labios la sonrisa  
y la dulzura en su voz.

La caridad y el trabajo  
fueron su culto mejor  
y el pan que daba, no tuvo  
ni dejos de humillación.

Sabía que, del mismo origen,  
destellos todos de Dios,  
somos en verdad hermanos  
y rayos del mismo sol.

Su amor inmenso de madre,  
a falta de hijos, vertió  
sobre todas las desgracias  
y sobre toda aflicción.

Su digno esposo, a quien ella  
desde otro mundo mejor,  
inspira que han de acatarse  
los altos juicios de Dios,

sin lanzar una protesta,  
con santa resignación,  
sufrir en profundo silencio  
la angustia de su dolor.

1910.

## EXPANSIONES

Con motivo de la muerte de mi querido tfo

ENRIQUE COOPER

Sumida en hondo sopor  
siente el hombre la conciencia  
tras de la ruda violencia  
con que le hiere el dolor.

Resistir luego procura  
de su infortunio el exceso,  
doblegado por el peso  
de su inmensa desventura.

Y al contemplar el inerte  
cadáver del ser amado,  
siente pasar a su lado  
el hálito de la muerte.

Es todo sombras y duelo  
y ante el misterio que aterra,  
no hallando alivio en la tierra,  
los ojos buscan el cielo.

Pero vibra el corazón  
y en un angustioso grito  
interroga al infinito  
con delirante emoción:

Por qué, Dios santo, por qué  
gozar dejas de la vida  
tanta gente fementida  
que encenegada se ve?

Por qué también se la das  
al hombre desesperado  
que ha de arrancársela osado  
porque no la sufre más?

Y la quitas sin piedad,  
hoy a ese padre querido  
que calentaba su nido  
con su amor y su bondad!

No basta, del bien en pos,  
hallar la humana malicia?  
no existe, pues, la Justicia  
ni en los decretos de Dios?

Mas no, corazón mezquino,  
reprime tu voz de duelo  
y tendrás como consuelo  
un sentimiento divino,

al pensar que allá en la altura  
es feliz quien sufrió tanto,  
y no empañes con tu llanto  
el cielo de su ventura.

1903

A MI QUERIDO PRIMO

EMILIO PACHECO COOPER

Ya roto el frágil vaso,  
tu alma blanca de niño  
sus leves alas tiende  
en busca del Empireo.

Yo sé que hay otra vida,  
yo sé que no morimos,  
que la muerte es un paso  
del sendero divino.

Tú existes, de mi pecho  
lo siento en lo más íntimo...  
por eso al ausentarte,  
en vez de adiós!, te digo,  
con férvida esperanza:  
hasta la vista, Emilio.

1905

A EMITA SALAZAR PINTO

La alondra gentil  
dejó su pensil,  
del dulce pinsón  
cesó la canción,  
la alegre torcaz,  
con vuelo fugaz,  
sus alas tendió  
y el nido dejó,  
sumiendo su hogar  
en hondo pesar...  
y es flor del Edén  
ese ángel también

1910

## A LA MEMORIA

de mi querida prima Matilde Freses v. de Guier

## ULTIMO RECUERDO

El ángel de la muerte, con cariño  
besó tu sien y te dejó dormida  
y al término llegaste de la vida  
con la tranquila placidez de un niño.

No olvidaré yo nunca la postrera  
mirada que posé por un instante  
en tu querido y pálido semblante  
que tantas veces afectuoso vi-ra.

Hubo explosión de lágrimas y flores  
y dogales de angustia en las gargantas  
por los sollozos comprimidos, tantas  
muestras sinceras de íntimos dolores.

Nublados por el llanto nuestros ojos  
en tí quedaron con tristeza fijos,  
y los robustos hombros de tus hijos  
llevaron ay! tus fúnebres despojos!

Signió después la procesión doliente,  
una lluvia finísima caía  
y que lloraba el cielo parecía  
al alejarte tú, querida ausente.

.....  
Tesoro de bondad, madre modelo,  
a piadosas virtudes consagrada:  
has quedado triunfante en la jornada  
pues mereciste el galardón del cielo.

1913

## HUMILDE TRIBUTO

a la memoria de la señorita Flora Pérez Calvo

Morir en plena ilusión,  
como rosal que se enflora,  
llevando toda una aurora  
de amor en el corazón,

una dicha debió ser,  
un morir muy halagüeño:  
pasar de un sueño a otro sueño,  
de un placer a otro placer.

Más ¡oh! negra desventura,  
al final de tu jornada  
fue tu vida acibarada  
por la más honda amargura,

pues quiso la Providencia  
doble cáliz ofrecerte:  
el de una llorada muerte  
y el de una sentida ausencia.

Tus goces fueron agravios  
y en apariencia cruel,  
vertió su copa de hiel  
sobre el néctar de tus labios.

Fue triste y profundo el duelo  
al ver colmarse tu fosa,  
mientras tu madre amorosa  
te acariciaba en el cielo.

1913

## INTIMAS

## NOSTALGIA

Son mis versos sin arte,  
muy sencillos y breves,  
pero en ellos el alma  
dejo ver trasparente  
como el agua que brota  
de las rocas agrestes;  
por lo humildes semejan  
esas flores silvestres  
que en la sombra del bosque  
se marchitan y mueren,  
sin sentir el consuelo  
de expirar dulcemente  
sobre un seno de virgen,  
entre rosas y nieve.

Como un niño llevado  
de improviso, entre gentes  
que le causan asombro  
y a mirar no se atreve;  
así voy de la vida  
por la oscura pendiente,  
ocultando en mi pecho  
la nostalgia perenne.

Oh! Yo tengo una patria,  
una patria celeste,  
donde sólo hay dichosos,  
donde el alma no tiene  
sino amor sin engaños  
para todos los seres;

allí el odio no existe,  
ni el orgullo insolente,  
ni la humana falsía,  
ni la ira que enciende  
las pasiones salvajes  
que desgarran y muerden...

Nuestra vida es un sueño  
de dolor y de fiebre  
que sacude y disipa  
cariñosa la muerte:  
huye entonces el alma  
de su cárcel y asciende  
con sus fúlgidas alas  
a su patria celeste.

1903

Quién sólo  
virtudes  
y amores  
revela?  
Quién nunca  
se enfada  
y es siempre  
tan buena?  
La madre  
dos veces,  
la plácida  
abuela.

1904

### LA ABUELA

Quién busca  
los niños,  
sus gracias  
celebra,  
los ama,  
los mima,  
tan dulce,  
tan tierna?  
Quién goza  
si rien?  
si sufren,  
quien pena  
y excusa  
sus faltas  
por graves  
que sean?  
La madre  
dos veces,  
la plácida  
abuela.  
Quién blancos  
cabellos  
cual galas  
ostenta  
y grata  
los tiempos  
pasados  
recuerda?

### NOCHEBUENA

Es ya la noche,  
la Nochebuena,  
los chicos todos  
están de fiesta,  
porque el Dios Niño  
viene y les deja  
los aguinaldos  
entre las medias  
y a veces toda  
la funda llena.  
Los más pequeños  
hallan en ella  
bolas, confites,  
arcos y flechas;  
los mayorcitos  
de fijo encuentran  
grandes tambores,  
largas trompetas,  
y a las niñitas  
—sus predilectas—  
a media noche  
siempre les lleva  
la gran familia  
de las muñecas,  
unas muy rubias  
y otras morenas.  
Mas allá, lejos,  
en las aldeas,  
en las aisladas  
pobres viviendas,

hay también muchas  
 niñas pequeñas,  
 que son tan lindas,  
 que son tan buenas...  
 Hace gran frío,  
 la noche es negra,  
 todo es silencio,  
 todo es tristeza,  
 y en la mañana  
 cuando despiertan  
 y ansiosas buscan  
 con manos trémulas,  
 las infelices  
 hallan apenas  
 sus lechos duros,  
 sus ropas viejas.  
 No es justo el Niño?  
 Son malas ellas?  
 No gusta acaso  
 de su inocencia?  
 Y cómo sufren  
 las madres tiernas  
 que de sus hijas  
 oyen las quejas!  
 Cómo su sangre  
 verter quisieran  
 por darles una  
 sola muñeca,  
 de esas preciosas  
 que hay en las tiendas,  
 mientras sus lágrimas  
 corren acerbas  
 de sus mejillas  
 flacas y yertas  
 a los harapos  
 de su miseria!  
 Pero en el fondo  
 de su conciencia  
 una voz dulce  
 dice discreta  
 que la justicia  
 no es de la tierra  
 y que tan sólo  
 tendrán sus penas  
 allá en el cielo  
 su recompensa.

## DE MI HOGAR

Tengo en mi casa un pimpollo  
 hecho de nieve y de rosa;  
 es un diablillo animado  
 por una fúlgida aurora,  
 tiene los ojos azules  
 y la cabellera blonda,  
 una mirada traviesa,  
 una risa juguetona,  
 un olorcillo indecible,  
 diré mejor, un aroma  
 desconocido al olfato  
 de las extrañas personas,  
 pero que percibe el alma  
 de toda madre amorosa.  
 Ha visto tres primaveras  
 y bajo su bata asoman  
 unas frescas pantorrillas  
 tan tiernecitas, tan gordas,  
 que no basta que las bese,  
 precisa que me las coma.  
 Sin darse cuenta, el muñeco  
 hace unas gracias tan monas,  
 que me parece mentira  
 que sepa ya tantas cosas:  
 sabe montar a caballo  
 sobre cualquiera persona  
 y dar vueltas de carnero,  
 con suerte tan caprichosa,  
 que a veces sin dar la vuelta  
 enseña todas las formas;  
 habla con tanta cordura  
 como cualquiera cotorra,  
 conoce el arte difícil  
 de hacer de todo una bola  
 y arrojarla por el suelo  
 rompiendo así lo que toca;  
 con su presencia disipa  
 hasta las penas más hondas;  
 de todo su cuerpecito  
 emana una risa loca  
 y cuantos le ven de cerca  
 al punto se sugestionan:  
 en fin, en casa tenemos  
 un pedacito de gloria.  
 Si alguno dice al oírme  
 que yo exagero las cosas,

que no es tan hermoso el chico,  
ni merece esas lisonjas,  
he de responderle: amigo,  
será usted buena persona,  
pero, de fijo, no es padre;  
pues todos, a la redonda,  
hablando de nuestros hijos  
contamos igual historia.

1903

---

**AMORES**

El es más rubio  
que las espigas  
y tiene rosas  
en las mejillas;  
ella, la pura,  
la hermosa niña,  
tiene la gracia  
que da a sus hijas  
el sol ardiente  
de Andalucía;  
hay luz de estrellas  
en sus pupilas,  
su boca es roja  
como una guinda  
y la aman todos  
cuantos la miran.  
El puede verla  
todos los días,  
porque la novia  
es su vecina;  
cuando se juntan  
causan envidia  
porque se besan  
con tal delicia  
que se confunden  
sus dos boquitas,  
o si se abrazan  
pronto vacilan  
rodando al suelo  
muertos de risa;  
luego se acercan  
junto a una silla  
para decirse  
mil monerías,  
mientras sus madres,

con su sonrisa,  
dicen que gozan  
cuando los miran,  
pues quince meses  
tiene la niña,  
y él muestra ufano  
las pantorrillas  
bajo los pliegues  
de su batita.

1903

---

**RIMAS BREVES**

tienes,  
dulce,  
tierno  
niño,  
ojos  
bellos,  
rubios  
rizos.  
Cuando  
duermes,  
ángel  
mío,  
sueñas  
juegos  
gratos,  
vividis;  
viendo  
ninfas  
como  
lirios  
darte  
besos  
siempre  
ricos;  
oyes  
sólo  
suaves  
trinos.  
Tienes  
lecho  
blando,  
tibio,  
mientras



otros  
 pobres  
 niños,  
 lanzan  
 lejos  
 tristes  
 gritos,  
 porque  
 sufren  
 hambres,  
 fríos.  
 Si eres  
 bueno,  
 justo,  
 digno,  
 quiere  
 mucho  
 tales  
 niños.

1903

### A MI ESPOSA

Entre penas y alegrías,  
 de nuestro enlace sagrado  
 catorce años han pasado,  
 es decir, catorce días.

Me quedo a veces absorto,  
 pero después me hago cargo  
 de por qué tiempo tan largo  
 se nos ha vuelto tan corto.

Es claro: somos dichosos,  
 y con tranquila conciencia  
 pasamos nuestra existencia  
 como dos buenos esposos.

Esto cualquiera lo explica:  
 queriéndote cual te quiero,  
 aunque no sobre el dinero,  
 ¡se hace la vida tan rica!

Eres en verdad muy buena;  
 pero debo reprocharte  
 lo que voy a confesarte  
 por más que te cause pena.

Dirás que soy importuno;  
 pero tienes, en efecto,  
 un sólo y grave defecto,  
 cual es... ¡no tener ninguno!

Yo miento cuando te digo:  
 «Te quiero cual te quería  
 en aquel dichoso día  
 en que me casé contigo.»

Talvez a enfadarte vas;  
 mas no te cause quebranto;  
 si ya no te quiero tanto,  
 es porque te quiero más.

1903

## AUSENCIA

Oh! qué triste es la ausencia de una esposa querida,  
 de ese sér que es la gracia y es la luz de la vida,  
 que ilumina, embalsama y embellece el hogar!

En mis noches, tan largas, no te olvido un instante,  
 y mi pecho está ansioso, y mi mente anhelante  
 con tu imagen amada se complace en soñar.

Ya no tengo la dicha de sentirme en tus brazos  
 y son ellos tan sólo los dulcísimos lazos  
 que a una vida enojosa me pudieron unir.

El incendio de mi alma no se apaga un momento,  
pues estoy como siempre de tus besos sediento  
y el amor que me abrasa te quisiera infundir.

Ven, paloma, a tu nido silencioso y vacío  
que te diga de nuevo que te adoro, bien mío,  
como supo sentirlo mi primera pasión.

En mis versos, mi vida, mis delirios te dejo.  
Nunca el alma envejece y en mi pecho de viejo  
siempre late un ardiente, juvenil corazón.

1912

### A MI ESPOSA

Es una fecha muy grata  
la que, por gracia de Dios,  
hoy celebramos los dos  
con nuestras Bodas de Plata.

Va en aumento tu bondad  
y mi amor, según opino,  
la virtud tiene del vino:  
que mejora con la edad.

Ya está blanco mi cabello  
y tú conservas, querida,  
en la mitad de la vida,  
tu rostro agraciado y bello.

Tu belleza, sin aliño,  
para mí no tiene engaños:  
la que pierdes con los años  
la repone mi cariño.

Y estrecho más nuestros lazos,  
al verte en plácida escena,  
como Madona morena  
con el infante en sus brazos,

porque Dios benigno quiso  
colmar mi afán amoroso  
y un querube delicioso  
enviarme del Paraíso.

Su cuerpo, rosa en botón  
y su alma, en flor todavía,  
transportan la mente mía  
al reino de la ilusión.

Es un misterio profundo  
y a veces duda cruel:  
cómo vivíamos sin él  
antes que viniese al mundo.

Son sus ojitos dos cielos  
y entre otras mil maravillas,  
en sus rosadas mejillas  
puso el amor dos hoyuelos.

Cuando risueño despierta,  
mi gozo llega al exceso  
al ofrecerme su beso  
con la boquita entreabierta.

Es un placer sin igual,  
en una caricia loca,  
libar en tan dulce boca  
un ósculo angelical.

Y, lo diré, aunque no cuadre:  
ese chiquillo hechicero  
es el Príncipe Heredero...  
del corazón de su padre.

24 de noviembre de 1914.

## TENTACIÓN

Drama histórico en un acto,  
más bien, una escena sola.

(A Billo, amigo y poeta,  
está la dedicatoria)

Lugar, un metro cuadrado  
en el suelo de una alcoba.

Epoca, contemporánea,  
semana pasada próxima.

Un infante de ocho meses  
y la gatita Morronga,  
del drama o tragicomedia  
son las únicas personas.

El público lo formamos  
otras dos, esto es: mi esposa  
y yo que soy el autor  
de la minúscula obra.

El niño se halla sentado  
sobre una gastada alfombra,  
con las piernas extendidas,  
morenas, frescas y gordas  
y por un escaquin roto  
hay un dedito que asoma,  
muy semejante a un confite  
o a un botoncito de rosa.

Su vestido: una camisa  
ligera, sutil y corta  
y unos calzones cruzados  
como lo exige la moda.

Unos rizos que se mezclan  
con cierta maraña blonda  
cubren y adornan a un tiempo  
su cabeza encantadora;  
contrasta con sus ojazos  
la pequeñez de su boca,  
una cereza madura,  
en que parece retozan  
sonrisas angelicales  
y risillas picaronas,  
y con sus traviesas manos  
diminutas y redondas,  
no sabe dónde posarse,  
qué coge ni qué desploma.

No sé adular a los grandes;  
mas lo digo sin lisonja:

ver al actor *por completo*  
es penetrar en la Gloria.

Empieza la acción: la gata  
se despereza y desdobra  
el espinazo flexible  
y se aproxima a una corta  
distancia, porque lo busca;  
mas de sus puños no ignora  
las inocentes crueldades  
con que la piel le destroza,  
le atormenta las orejas  
y le maltrata la cola.

El niño la ve y la llama  
con la magia deliciosa  
de su mirada, sus brazos,  
sus movimientos y toda  
la expresión de sus deseos  
y al notar que huraña y hosca  
no se mueve, se enfurece  
y la reconviene, en forma  
—por la infantil amenaza—  
tan sugestiva y tan cómica,  
que el público estalla en una  
risa estridente y sonora  
y vuelve el primer actor  
su rostro y se queda absorta  
su atención en la algaraza  
que juzga pueril, impropia.

En ese momento mismo  
aprovecha la Morronga  
su distracción y de un salto  
suave y elástico, toca,  
con la punta de sus garras,  
en el dedito de rosa,  
varias veces de seguida,  
lo coge luego en la boca . . .  
lo deja . . . . . y furtivamente  
se aleja como una sombra.

El niño no se dió cuenta  
de la escena tentadora,  
ni de la noble hidalguía  
con que la buena Morronga  
probara, dejando intacto  
aquel dedito de rosa!

## RELIGIOSAS

### HIMNO EUCARÍSTICO

(Letra adoptada en el Congreso Eucarístico de 1913)

#### SOLO

Jesús, amante esposo  
de virginales almas  
que las tormentas calmas  
del hombre y de la mar,  
Jesús que en los altares  
por nuestro amor te humillas,  
que el mundo de rodillas  
te adore sin cesar.

#### CORO

Oh! dulce prisionero,  
oh! víctima inocente,  
inagotable fuente  
de gracia y de perdón,  
las ondas de ternura  
que de tu pecho exhalas  
a tí vuelvan en alas  
de nuestra adoración.

#### SOLO

Jesús manso y humilde,  
Cordero inmaculado,  
Jesús sacramentado  
que sabes sólo amar:  
la fe nos ilumina  
y el alma enamorada  
en la Hostia consagrada  
te siente palpitar.

#### Nº 2

*Fuera del concurso*

El ciervo fatigado  
no va con más anhelo  
al límpido arroyuelo  
su sed a mitigar,  
que ansiosa el alma mía  
buscando se adelanta,  
en la Hostia sacrosanta,  
su angélico manjar.

Jesús a quien adoro,  
perdona que a tí llegue,  
permite que te entregue  
mi pobre corazón.

Señor, yo no soy digno  
de que a mi pecho vengas . . .  
preciso es que me tengas  
inmensa compasión.

Admiro tu justicia;  
mas tu bondad me asombra,  
me arrancas de la sombra  
¡oh Padre de la luz!

Al descender repites  
de nuevo tu calvario . . .  
prisión es el sagrario  
y mis pecados, cruz.

1913

### CANTO A LA EUCARISTÍA

Jesús a quien adora  
mi ardiente corazón con fe sencilla:  
cual tímida avecilla  
que al asomar la aurora  
su faz radiante y bella  
y al apagar su luz la última estrella,  
al invisible sol que ya presiente  
saluda con sus rítmicos gorjeos  
y le cuenta sus ansias y deseos . . .  
inclinando mi frente  
y sintiendo mi espíritu agitado,  
de mi olvidada lira  
el himno brote que tu amor me inspira  
para cantarte ¡oh Dios! Sacramentado.

Jesús que en el materno  
regazo de María  
o apoyado en su seno dulcemente,  
cúste con placer su arrullo tierno,  
el canto celestial con que solía  
las penas mitigar que te ocultabas  
y disipar las nubes de tu frente,  
pues ya, divino infante,  
en el madero trágico, infamante,  
y en tu siniestra muerte meditabas;  
mas tu mayor tortura,  
lo que llenó tu pecho de amargura,  
fué el odio, la insolencia,  
con que la gente incrédula y malvada  
habría de responder a tu clemencia  
al ofrecerte en la Hostia consagrada.

Oh! manjar delicioso  
 por las divinas manos preparado,  
 y del Amor Hermoso  
 el más grato y riquísimo legado;  
 encanto de las almas que te adoran,  
 consuelo de los tristes que en tí fian  
 que si amarte supiesen, cómo irían  
 ansiosos a buscarte los que lloran!

Tu inefable promesa  
 se realiza a través de las edades,  
 pues vamos siempre a la sagrada mesa  
 a gustar de tu angélica pureza  
 y a combatir las recias tempestades.

Jesús escarnecido,  
 Jesús por nuestro amor crucificado,  
 que al expirar exangüe y agotado,  
 como racimo de uvas exprimido,  
 con la divina púrpura teñido,  
 tu cuerpo virginal quedó enclavado!

Mas a tu pecho amante  
 esa muerte crüel no fué bastante,  
 y viertes cada día  
 para saciar la sed de tus hermanos,  
 la sed espiritual que nos abrasa,  
 tu sangre preciosísima sin tasa . . .  
 que es misterio de amor la Eucaristía,  
 porque sólo hay bondad en sus arcanos.

Jesús, Pastor divino,  
 celeste peregrino  
 que vienes a llamar a nuestras puertas,  
 donde no hay pecador que no perdones,  
 que quieres para tí los corazones  
 y sabes calentar las almas yertas !

Perdona mis anhelos,  
 immaculado lirio  
 que la tierra perfumas y los cielos!  
 y, como insecto alado,  
 al rededor del encendido cirio,  
 permíteme que gire,  
 hasta encontrar tu corazón sagrado  
 y en su hoguera de amor feliz expire.

1913

### LA MEJOR COMUNIÓN

No quisiera, mi Dios, que la temida,  
 la pálida y callada mensajera,  
 con su aliento mortífero extinguiera  
 la vacilante llama de mi vida,  
 sin que a la Virgen Madre Imaculada,  
*más bella que la luz de la alborada,*  
*que todas las virtudes atesora,*  
*y es reina de la gracia y la hermosura,*  
 desde el fondo de mi alma pecadora,  
 suba un canto de amor y de ternura.

Mas hoy tan sólo intento,  
 en dulce arrobamiento  
 que fascina y embriaga el alma mía,  
 recordar, oh! Jesús, tu última cena,  
 cuya memoria honramos cada día  
 y el pecho de los justos enajena.

En la víspera fué de tu martirio,  
 contigo eran los doce, no exclufste  
 ni al apóstol traidor y miserable . . .  
 Cual si llevado hubieses al delirio  
 oh! Amor inagotable!  
 el ansia de entregarte a tus hermanos,  
 como alimento celestial les diste,  
 bajo forma de panes y de vino  
 que ofrecieron, oh! Dios, tus propias manos,  
 tu cuerpo y sangre humanos  
 unidos a tu espíritu divino.

Y en tan supremo instante,  
 cuando una luz hermosa,  
 suavísima a la vez y esplendorosa,  
 brillaba en tu dulcísimo semblante,  
 fué tu bendita madre la primera  
 que recibió la comunión sagrada  
 y en éxtasis cayó, como cayera  
 al recibir la angélica embajada.

Cómo, mi buen Jesús, cómo osaría,  
 la torpe lengua mía,  
 explicar el amor y la pureza  
 y la paz y el placer y la tristeza  
 que al recibirte así sintió María?  
 Pues, quién como se debe te adorara  
 y mejor a tu espíritu se uniera  
 que la que nueve meses te llevara  
 y por divino amor te concibiera?  
 Quién más casta y más pura  
 y a tí más semejante se imagina?  
 Ni la mente del hombre lo adivina,  
 ni en los cielos la iguala otra hermosura!  
 Ella contigo en comunión estuvo  
 cuando su vientre virginal te tuvo,  
 donde formaste tu primer sacrario,  
 cuando te daba el seno palpitante,  
 cuando amorosa te arrullaba infante,  
 cuando subió contigo hasta el Calvario  
 y agonizaba al verte agonizante!  
 Y consumado todo, en la espantosa  
 tarde en que los cadáveres se alzaron  
 y los muros del templo se rajaron,  
 después también de tu ascensión gloriosa,  
 continuó recibéndote María,  
 para calmar su maternal anhelo,  
 en el dulce manjar digno del cielo:  
 en la inefable y Santa Eucaristía;  
 hasta que al fin su corazón sagrado,  
 siguiendo en pos tu luminosa huella,  
 y como acude al sol errante estrella,  
 mas sin dejar el vaso delicado

en que brotaste, oh! nardo perfumado:  
el ánfora que al mundo  
vertió el más rico y confortante vino,

en un arranque de su amor profundo,  
subió a buscar tu corazón divino.

1913

## A JESUS SACRAMENTADO

EN DESAGRAVIO

Quién al ver a su padre, brutalmente ultrajado,  
el furor en su pecho reprimir consiguió?  
Y si logra piadoso contener su venganza,  
niega al padre ofendido su ternura y su amor?

Y ante el crimen horrendo, perpetrado en la sombra  
contra la Hostia Divina, contra el manso Jesús,  
guardar puedo un silencio que afrentoso sería  
a quien es el Camino, la Verdad y la Luz?

En los cielos inmensos, tachonados de estrellas,  
no han podido los sabios el espacio medir,  
ni tampoco podemos calcular los millones  
de las almas, Dios-Hostia, que creyeron en Tí!

Cuántos justos sintieron, recibiendo contritos  
ese dulce, inefable, sacramento de amor,  
revivir en sus pechos celestial esperanza  
o de paz inundarse su feliz corazón!

Ese Dios que yo adoro es el Dios de mis padres,  
es el Dios de Justicia y es el Dios de Bondad,  
el que se hizo pequeño por salvar a los hombres  
y que espera que lleguen hasta el pie de su altar.

Mas, oh Dios! ¡qué espantosa la execrable visita!  
no es amor lo que lleva como ofrenda a tus pies;  
es el odio, el escarnio, la saliva asquerosa  
del sayón inhumano, despiadado, crüel.

Pero Tú, silencioso, mi Jesús adorado,  
has sufrido esta nueva y afrentosa pasión,  
a tu Padre implorando, con los brazos abiertos,  
para el ciego verdugo, compasivo perdón.

1913

## A MARÍA

Oh! dulce madre mía  
y madre de mi Dios,  
acoge bondadosa  
mi férvida oración.

Oh! Virgen sin mancilla,  
tu maternal amor  
es siempre inagotable  
como la luz del sol.

A mí vuelve tus ojos  
y ténme compasión,  
ya ves qué desvalido  
y qué menguado soy!

Del hijo que tu seno  
castísimo llevó,  
en las divinas manos  
mis oraciones pon

Y en la hora de mi muerte  
no me abandones, nó,  
oh! dulce madre mía  
y madre de mi Dios.

(Dedicada al Ilmo. Señor Obispo,  
Doctor Juan Gaspar Stork).

1913

## AL GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ

Casto esposo de María,  
la hermosa Estrella del Mar,  
benigno, justo y humilde,  
de pureza angelical;  
Santo Patriarca llamado  
por la niñez a velar  
de quien de soles y mundos  
poblara la inmensidad:  
tú que le viste en pañales  
y en un mísero portal,  
pídele salve y proteja  
a esta pobre humanidad  
que va ciega y descarriada  
persiguiendo un ideal

que, como en Él no lo busca,  
es una sombra no más;  
que de su Padre Glorioso  
nos venga el reinado ya,  
que en los cielos y en la tierra  
se cumpla su voluntad  
y así domine en el mundo  
el espíritu de paz,  
viviendo todos unidos  
por la dulce caridad.

1914

## TRADUCCIONES DEL RUSO

## LÁGRIMAS DE MADRE

DE NEKRASSOF

Contemplando el horror de los combates,  
al sucumbir un nuevo combatiente,  
no sufro por la esposa ni el amigo,  
y ni me inspira compasión el héroe.

La esposa llega a consolarse, el hombre  
al amigo mejor olvidar puede;  
pero hay un alma solitaria y bella  
que su recuerdo guardará perenne.

En medio de la prosa de la vida  
y el hipócrita afán que la envilece,  
he visto muchas lágrimas, y sólo  
sinceras son las que la madre vierte.

Al hijo muerto en el sangriento campo  
no puede ella olvidar, como no puede  
alzar jamás sus ramas inclinadas  
el sauce melancólico y doliente.

## EL ANGEL

DE M. LERMONTOF

A media noche, hay un ángel  
que vuela en el cielo y canta  
en voz casi imperceptible  
que sólo escuchan las almas;  
mas las estrellas comprenden,  
la Luna y las nubes pardas;  
en su cántico sagrado  
elogia las almas santas

que habitan el Paraíso,  
 en glorietas perfumadas;  
 ensalza en él la grandeza  
 de Dios, y sus alabanzas  
 con expresiones sencillas,  
 sinceras y apasionadas;  
 a las almas juveniles  
 de la tierra, las abraza  
 y del reino de las penas  
 dulcemente las arranca;  
 del eco de sus canciones  
 queda en las jóvenes almas  
 algo vivo y que no puede  
 expresarse con palabras...  
 Poco a poco se evapora,  
 del mundo en la lontananza,  
 lleno de acordes divinos,  
 dulces notas que no cambian  
 ni con el ay! angustioso  
 de las tormentas humanas.

---

## DOS JUICIOS SOBRE LA VIDA HUMANA

DE A. POUCHKIN

### I

Oh vida casual inútil,  
 para qué me fuiste dada?  
 Y por qué el destino ciego

me condenó a la desgracia?  
 ¿Qué fuerza enemiga quiso  
 arrancarme de la nada,  
 pasiones vertió en mi pecho,  
 dudas en mi mente insana?  
 Vida que no tiene objeto,  
 corazón hastiado y alma  
 a quien el eco monótono  
 de su propia vida cansa!

### II

DE M. FILATER

No casual, ni inútilmente  
 la vida me ha sido dada,  
 y la voluntad divina  
 al dolor, no a la desgracia,  
 me destinó; mas mi propia  
 voluntad libre y malvada,  
 desde el fondo del abismo,  
 al mal llamó y las nefandas  
 pasiones vertió en mi pecho,  
 dudas en mi mente insana.

Oh! Dios que brillas en medio  
 de las más negras borrascas,  
 que siempre de mí te acuerdas,  
 mientras yo te olvido, mi alma  
 salió de tus manos pura  
 y mi corazón sin manchas.





## EL GANSERO

POR SUDERMANN

(Traducido del alemán)

Hace un buen rato, amigo mío, que oigo a Ud. llena de admiración. Según veo, Ud., más que yo misma, hace verdaderos esfuerzos para tomar las cosas tales como en realidad son. ¿De dónde, pues, le vienen ahora súbitamente esas sutiles consideraciones sobre la vida del sentimiento y esos ideales fantásticos y dignos de lástima a que Ud. se entrega?

Me figuro, si no me equivoco, que todas sus niveladoras tendencias doctrinarias le han jugado a Ud. en otro tiempo una mala pasada. Sostiene Ud., si he entendido bien, que en el modo de sentir de las diversas clases sociales no existe profunda diferencia, y la vida práctica nos prueba lo contrario todos los días. ¡Oh! Si Ud. tuviese razón se realizaría un hermoso sueño.

El ideal de igualdad y de fraternidad, que yo, legítima aristócrata como Ud. me llama, debo tener por una quimera, debería de ser verdad, o más bien, lo ha sido ya una vez para mí, pues, un poquito de saber más o menos no puede llegar a fundar una gran diferencia en la naturaleza de los hombres.

No, amigo mío, los sentimientos, más aún que todo otro motivo de riqueza, rango o sabiduría tomados conjuntamente, son los que forman el abismo que separa al pueblo bajo de la gente culta; tanto es así que uno y otra, sin inteligencia para llevar a cabo acciones extraordinarias, se conducen como los burgueses de cualquier nación. Desgraciado del que intente salvar ese abismo!

¿No me cree Ud.? ¿Mueve Ud. la cabeza? ¡Oh! Querido hablo desgraciadamente por experiencia, y si yo pudiera con-

tarle . . . Pero, ¿por qué no? Ya se hace de noche, allá afuera ruge la tempestad de noviembre y hoy celebro mis treinta inviernos: motivo suficiente para evocar en este momento la luz, la primavera y la juventud.

Déjeme Ud. cerrar los ojos y óigame complaciente: voy a hablarle de mi primer amor.

¿Sabe Ud. quien fué mi primer amor? ¡Un gansero! Un gansero en cuerpo y alma. No lo digo en broma. El me hizo verter amargas lágrimas de dolor cuando ya era una crecida y respetable señorita.

Efectivamente, en aquel tiempo, antes de que él hubiese inflamado mi corazón, me hallaba en ese período de la vida en que el más alto ideal de la felicidad consiste en . . . andar descalza!

Yo tenía ocho años y él diez. Yo era la señorita de la casa, y él, el hijo del herrero de una aldea.

Por la mañana, cuando tomaba café en el corredor, en compañía de mi madre y de mi hermano, pasaba él por delante de nosotros arriando los gansos que debía conducir al prado.

Al principio nos miraba con cándida admiración, sin que se le ocurriese llevarse la mano a la gorra; pero desde que mi hermano le hizo comprender que debía hacer un saludo a sus patronos, nos gritaba un "buenos días" siempre igual, aprendido de memoria, mientras se entretenía en dar vueltas a su gorra.

Cuando mi hermano estaba de buen humor me concedía permiso de llevarle, en pago de su urbanidad, un pedazo de pan blanco que con cierta voracidad me arrebatava de la mano, como si corriese peligro de que se lo quitase.

¿Qué aspecto era el suyo? Aun me parece verlo delante de mí, con sus lacios y rubios cabellos que sobre sus morenas mejillas caían como un manojo de amarilla paja; con sus ojos azules de viva y risueña mirada, los ajustados calzones arrollados hasta la rodilla y en la mano una delgada varilla de sauco, en cuya corteza había labrado artísticamente una blanca espiral.

En esa varilla se fijó mi primera envidia infantil. Pensaba que debía ser delicioso tener entre las manos esa obra de arte, trabajada de tan diversa manera que los objetos de mi uso, y al imaginar además que podría llegar hasta andar descalza y arrear con ella los gansos, parecíame que sería eso el summum de la felicidad terrestre. Y sin embargo, puerilidades semejantes son las que nos acercan a los hombres.

Una mañana, a la hora del café, le ví pasar y no pude contener por más tiempo mi deseo. Junté las dos rebanadas de pan con miel que iba a comer y corrí tras él sigilosa y apresuradamente.

Cuando me vió llegar, se detuvo y me miró con asombro; pero al notar en mi mano el pan se iluminó su mirada.

—¿Quieres darme tu varilla? le pregunté.

—Nó. ¿Para qué? repuso él manteniéndose sobre un pié y rascándose la pantorrilla con el que le quedaba libre.

—Porque yo la quiero, repliqué atrevidamente, y continué con más suavidad:

—Yo te daré también mi rebanada.

La miró codiciosamente y concluyó por decir:

—Nó, la necesito para guardar los gansos, pero sí puedo hacerte otra parecida.

—¿Serías capaz de hacerla? le pregunté asombrada.

—¡Oh! Eso no es nada, dijo riendo desdeñosamente. Yo puedo hacer flautas y muñecos que bailan.

Todo eso me hechizó de tal modo que sin más vacilación le regalé la rebanada.

La mordió con delicia y, sin dignarse dirigirme otra mirada, corrió a reunirse con su pueblo alado.

Lo contemplé con verdadera envidia. El podía ir a guardar los gansos y yo tenía que permanecer allá arriba aprendiendo francés con Mademoiselle. Sí, pensaba yo, la felicidad está muy mal repartida en este mundo.

En la tarde me trajo la varilla prometida, que era aún más bella que como me la imaginara en mis más hermosos sueños: además de la blanca espiral que me había gustado tanto, tenía, en el extremo más grueso, una cabeza en forma de bola, endonde había dibujado por medio de líneas longitudinales y transversales una cara humana, que no pude descifrar si era la suya o la mía.

¡Oh! Qué felicidad! Desde entonces fuimos amigos. Yo le hacía partícipe de los manjares que, como a niña mi nada, me llovían de todos lados, y él me dedicaba las obras de arte que producían sus delgados dedos: flautas, casitas, cajas, útiles para muñeca y, sobre todo, las famosas figurillas danzantes con que metía miedo a algunas personas de la casa.

Nuestras citas de todas las tardes tenían lugar detrás del corral de los gansos: allí cambiábamos nuestros regalos y durante todo el resto del día me sentía feliz ocupando mi pensa-

miento con mi joven héroe. Le contemplaba en la pradera iluminada por el sol, echado sobre el césped y soplando en su flauta, en tanto que yo me fastidiaba aprendiendo fastidiosos vocablos.

Cada vez más fuerte se apoderó de mí la ambición de tomar parte en esa felicidad que consistía en . . . cuidar gansos.

Cuando yo lo puse al corriente de mis deseos, se rió como un loco y dijo:

—¿Por qué no vienes conmigo?

Esto me decidió y sin reflexionar más le contesté:

—Mañana iré contigo.

—Pero no olvides traer algo que comer, me recomendó él.

La suerte me fué favorable al día siguiente. A Mademoiselle le dió muy oportunamente su jaqueca y no pudo ocuparse en mis lecciones.

Loca de ansiedad y de alegría me senté a la mesa, a la hora del desayuno y esperé el momento de su llegada.

Yo tenía los bolsillos repletos de golosinas de toda especie que había pedido a Mademoiselle y llevaba la varilla que, ese día, pensaba yo, llenaría cumplidamente su cometido.

Llegó por fin, medio andrajoso. Sus ojos brillaron maliciosamente cuando balbuceó sus buenos días, y tan pronto como me fue posible me alejé sin ruido y me fui tras él.

—¿Qué traes? fue su primera pregunta.

—Dos melcochas, tres rebanadas de pan con manteca y salchichas, sardinas y torta de grosellas, dije, y al mismo tiempo iba sacando esos apetitosos comestibles.

El principió a comer inmediatamente mientras que yo, orgullosa y sofocada por el júbilo, arreaba los gansos delante de nosotros.

Del bosque de pinos que apenas si había recorrido en mis paseos, nos internamos en regiones para mí desconocidas. Mattorales enmarañados se elevaban a uno y otro lado del camino simulando una sombría espesura, hasta que de improviso se presentó delante de nosotros la vasta llanura ilimitada.

¡Qué hermoso era todo aquello! Hasta donde alcanzaba la mirada se extendía un mar de yerba y primorosas flores y, como olas petrificadas, se presentaban las toperas en largas filas que se levantaban bajo la yerba.

El aire recalentado reverberaba sobre la llanura, las abejas nos regalaban con su música zumbadora y arriba, en el claro azul del cielo, brillaba un sol de oro.

En las inmediaciones del bosque había una laguna con pequeños pantanos en que se veía una agua espesa y amarillenta. Bandadas de patos nadaban allí; en las húmedas orillas brotaban burbujas de entre la yerba y millares de suaves huellas marcadas por las patas de los gansos semejaban una extraña alfombra sobre el terreno. Allí estaba el paraíso de los volátiles.

Nos detuvimos y, mientras que los gansos chapuzaban en los pantanos, corrimos gozosos por el prado buscando mariposas amarillas y recogiendo verdes bayas.

Después jugamos a marido y mujer. Elisa, la gansita más mansa, era nuestra niña mimada. La acariciamos y castigamos, hasta que con inauditos esfuerzos consiguió escapar de nuestras manos.

Luego preparé la comida para mi marido. Desaté mi blanco delantal, lo extendí sobre el césped y coloqué encima el resto de lo que había traído.

El se sentó a mi lado gravemente y yo saltaba contentísima al ver con qué velocidad hacía desaparecer uno tras otro los manjares que componían nuestra merienda.

El sol se elevaba cada vez más en el horizonte hasta que sus rayos quemadores cayeron a plomo sobre nuestras cabezas. Comencé a sentir que me zumbaban los oídos, una vaga sensación de cansancio se apoderó de mí, y tuve hambre; pero mi marido se lo había comido todo.

Tenía seco el paladar y ardorosos los labios; para refrescarlos cogí yerba húmeda y la oprimí contra mi boca.

De pronto resonó a lo lejos en el bosque una campanada. Yo sabía bien lo que eso significaba: era el toque de medio día que me llamaba a la mesa. Y cuando se notase mi ausencia ¡Oh Dios mío! ¿qué sería de nosotros?

Me arrojé sobre la yerba y principié a sollozar amargamente, mientras mi compañero, para consolarme, me pasaba su áspera mano por la cara y el cuello.

De improviso salté y corrí por el bosque como perseguida por una Furia. Dos largas horas erré llorando en la espesura; por fin oí voces que me llamaban y dos minutos después me hallaba en brazos de mi hermano.

A la mañana siguiente compareció mi pobre amigo, acusado de seducción y raptó, ante el Tribunal de Justicia de su amo. El comprendió bien que debía pagar los vidrios rotos, no tuvo el menor reparo en echarse toda la culpa y, con la

mayor indiferencia, recibió el castigo que le aplicó mi hermano. Después, contra la baranda, se frotó enérgicamente y volviendo las doloridas espaldas se alejó de pronto, mientras que yo me echaba al suelo llorando.

Desde ese día le amé. Imaginé mil subterfugios para encontrarle secretamente, robé como una urraca para hacerle partícipe de mi rapiña y lo abrumé con toda especie de ternuras, queriendo con ellas recompensarle por los terribles azotes que había recibido.

El se dejaba amar indiferentemente y correspondía mi amor con tranquilas muestras de amistad y con su magnífico apetito.

Medio año después cambió nuestra situación. Mi pobre madre, que se sentía enferma desde hacía largo tiempo, tuvo que trasladarse al medio día por orden del médico, dejó la hacienda completamente en manos de mi hermano y yo tuve que acompañarla en su viaje a Riviera.

.....

Nueve años debían pasar antes de que yo volviese a mi patria.

Mi regreso fué más triste de lo que había presentido. En Berlín, donde vivía después de la muerte de mi madre, me atacó una fuerte fiebre nerviosa que me tuvo en cama durante varias semanas. La ciencia médica me libró de la muerte; pero quedé convertida, de la floreciente joven que era, en una débil y pálida sombra de mí misma.

Mi médico me ordenó, para fortalecerme, baños de hojas de pino y aire de campo; me pusieron en el tren de ferrocarril y me trasportaron a la hacienda de mi hermano.

Cuando me bajaron del coche debí ofrecer un espectáculo doloroso, pues ví ardientes lágrimas en los ojos de los viejos sirvientes.

Es un sentimiento singular el que se experimenta cuando, después de un largo viaje, regresamos al hogar, particularmente si hemos sufrido grandes dolores. Cierta languidez se apodera de nuestra alma; tratamos de olvidar para siempre las penas que nos han causado gentes extrañas; deseamos volver a ser otra vez niños y evocamos dichas desde largo tiempo lejanas de nosotros.

Mientras yacía en mi sillón, y vagaba sobre el hogar mi lánguida mirada, vinieron unas tras otras varias sombras a

tomar vida delante de mí, y, entre la confusa multitud, fué la primera la de mi rubio y querido gansero.

¿Qué había sido de él? Pregunté a mi hermano y recibí la grata noticia de que ya era un fuerte y gallardo mancebo que debía en breve sustituir a su padre en los trabajos de la herrería.

Sentí que me saltaba el corazón. Traté de reprocharme mi locura, pero fué en vano. No pude desechar los antiguos y vívidos recuerdos y, ya que era inevitable, comencé a fantasear acerca del instante en que volveríamos a vernos, forjando las más risueñas ilusiones con los bellos colores de las novelas románticas.

Algunos días después de mi llegada pude hacer mi primera salida, es decir, fuí conducida en coche en medio del bosque y colocada sobre el césped en un lugar adecuado.

Yo escogí el sitio en donde habían pasado los juegos de mi infancia y que me prometía la posibilidad de alcanzar a ver la herrería.

Mi hermano quiso quedarse a mi lado; pero yo le supliqué que no se apartase de sus quehaceres, pues la muchachita que para mi servicio me acompañaba me auxiliaría en caso necesario. ¿Qué podría ocurrirme allí en el bosque próximo a la casa?

Entonces regresó él con el cochero habiéndome prometido volver por mí dos horas más tarde.

Después envié a mi pequeña compañera a recoger fresas, recomendándole que no se alejase, y salió saltando de alegría.

¡Ya estaba sola! ¡Gracias a Dios! Ya podía soñar con todas las fuerzas de mi corazón.

Los pinos murmuraban sobre mi cabeza y oía resonar los martillazos del herrero. De tiempo en tiempo, de la luz enrojecida de la fragua, se destacaba una oscura sombra: debía ser la suya. No me cansaba de seguir los movimientos de su brazo, admiraba su fuerza y temblaba por él cuando, al rededor de su cuerpo, saltaban las chispas luminosas.

Pasaron las horas. En medio de mis ensueños me sorprendió mi hermano que volvía a recogerme.

—¿Te ha parecido largo el tiempo? me preguntó en tono de broma.

Moví sonriendo la cabeza y traté de incorporarme, pero estaba tan débil que tuve que recostarme de nuevo.

¡Hum! dijo pensativo, he dejado al cochero en la casa,

pues creía que yo sólo podría subirte al coche, pero el asiento es alto y no podría hacerlo sin causarte daño.

—Niña, dijo dirigiéndose a la muchachita que estaba lista cerca del carruaje, corre a casa del herrero, el joven que ya sabes, y dile que venga a ayudarme, y al mismo tiempo arrojó al suelo una moneda de cobre que ella recogió radiante de alegría y partió a escape.

Sentí cómo se agolpaba la sangre a mis mejillas.

¡Iba a verle otra vez, allí en ese mismo sitio, y debía prestarme el oficio de samaritano!

Con la mano puesta sobre el palpitante corazón, me senté y esperé . . . esperé . . . sí. ¡Ya está aquí, qué fuerte y hermoso se ha hecho!

Rubios y poblados cabellos rodeaban su cara ennegrecida por el humo y en su fuerte barba nacía un suave e incitante vello: así debió aparecer el joven Siegfred cuando estaba de aprendiz en casa del horrible enano Mime.

Torpemente tomó entre las manos la gorra que tan aplo-  
mo llevaba sobre la nuca; pero yo le extendí sonriendo la mano y le dije: ¿Cómo está Ud?

—¿Cómo puedo estar? Bien, replicó él con risa embarazosa, limpiándose incesantemente los ahumados dedos sobre su delantal de piel, antes de tocar la diestra que le ofrecía.

—Ayúdame a subir al coche a la señorita, dijo mi hermano.

Se frotó una vez más las manos, me tomó con poca suavidad por debajo de los brazos, mi hermano me levantó por los pies, y en un instante me hallé colocada sobre el cogín del coche.

—Gracias, gracias, le dije, inclinando sonriente la cabeza.

El se quedó con la gorra entre las manos dirigiendo inconscientes miradas a mi hermano y a mí alternativamente.

El tiene también algo en el corazón, me dije. ¿Cómo podría ser de otro modo? Al verme se han despertado en él los antiguos recuerdos de aquellos tiempos de nuestra inocente niñez en que íbamos juntos a cuidar los gansos.

¡Oh! El no se atreve . . . la presencia de su señor . . . Será preciso que le ayude un poco.

—¡Y bien! ¿En qué piensa Ud. ahora? le dije, alentándole amistosamente con la mirada.

Mi hermano, que estaba ocupado con los caballos, se dirigió a él y le miró a la cara.



—¡Ah! sí, esperas tu propina, le dijo, y buscó en su bolsillo.

Aquello fué para mí como si me hubiesen dado un latigazo.

—¡Por el amor de Dios, Max! balbuceé, en tanto que sentía como una corriente de frío y de calor por todo mi cuerpo.

Pero mi hermano no me oyó, y le presentó, sí, osó presentarle una moneda de a marco.

Creí ver entonces claramente cómo mi joven amigo le arrojaba la moneda a la cara, me incorporé con viveza extendiendo las manos para evitar una desgracia . . . Pero, ¿Qué es esto? No, no es posible. Y sin embargo lo ví con mis propios ojos . . . ¡Tomó la moneda, hizo una inclinación de cabeza, dió las gracias y se fue!

Y yo, yo lo miré fijamente como a un fantasma y, después, suspirando, me hundí de nuevo en mi almohadón.

Así, amigo mío, dije yo adiós a los dulces sueños de mi juventud.

---

## LA EDUCACION DEL NIÑO

Traducción del francés.

La misión más importante del hombre sobre la tierra es la educación del niño, la educación de una alma; pero ¡qué pocos se dan cuenta de la responsabilidad que asumen descuidando este gran deber de educadores!

El amor de la familia es el primer sentimiento que lanza al hombre al espíritu de sacrificio; más tarde este sentimiento se extiende a la patria; más tarde todavía a la humanidad entera, y por último se ensancha hasta el infinito y llega a Dios.

Vosotros estáis en el A B C de ese libro espléndido que el hombre no podría leer sin quedar fascinado: deletread siquiera las primeras palabras, y si ellas os causan alguna fatiga, os darán en cambio inefables alegrías.

Por su gracia y encanto, por su inocencia y la pureza que irradia de sus ojos, por las penas que os da y las grandes ale-

grías que os hace experimentar, el niño toma vuestro corazón en sus manecitas y ya no podéis escaparle.

Dios ha puesto en ese sér tan delicado un imán de los más poderosos que os atrae. Su debilidad que os pide apoyo, se apodera de vuestra fuerza y se hace a veces vuestro dueño. Es preciso que esto no sea así.

El niño desde su tierna edad debe siempre obedecer; pero no debéis obtener la obediencia sino por la dulzura, el razonamiento y la persuasión. El os escuchará siempre si sabéis hablarle. . . . vos sois todo para él: sois su universo.

Amad al niño, amadle con todas vuestras fuerzas. Es acaso un espíritu que viene a vosotros para cumplir su misión y que se os confía para que con vuestras lecciones y ejemplos consigáis hacerlo mejor.

Gran misión, misión elevada y difícil en la cual deberían reflexionar mucho los padres. Su porvenir y el de los seres que están a su cuidado depende de la manera como la cumplan.

Amad al niño, amadle con todas vuestras fuerzas; pero sobre todo dirigidle e instruidle. No seais avaros, ni perezosos para darle todas las explicaciones que pida, y no olvidéis nunca, cuantas veces se presente la ocasión, a propósito de todo y con cualquier motivo, cultivar esas pequeñas inteligencias tan deseosas de saber.

Es preciso escoger el momento oportuno, a veces único, en que el espíritu experimenta la necesidad imperiosa de aprender algo que debe conservar y clasificar en su cerebro; entonces no dudéis más, dejad lo que estéis haciendo, por importante que sea, para explicar al niño lo que solicita. Si el asunto es superior a su edad, si no puede comprenderlo, decídselo así, *pero no le engañéis nunca.*

Amad al niño, amadle con todas vuestras fuerzas; pero empeñaos en desenvolver en él la bondad, la caridad, la piedad para los débiles y el amor para todos. Esta instrucción debe ser de cada momento.

Vigilad de cerca para que ahoguéis en su germen los defectos o los vicios que traemos todos al venir a esta tierra, y pensad siempre en la responsabilidad que tendríais si por vuestra pereza, vuestra debilidad o negligencia, esta joven alma que viene a cumplir su tarea en medio de vosotros, errase su camino y siguiese la vía del mal.

En la dirección del niño, así como en la del hombre, la bondad no debe excluir la firmeza. Demasiada bondad favo-

rece a veces en las almas poco adelantadas el desenvolvimiento de vicios o defectos que pueden tener en lo porvenir funestas consecuencias. Durante toda su juventud tened, en cuanto sea posible, a vuestros hijos cerca de vosotros: no los confiéis a cuidados mercenarios. No os riáis de ellos cuando os hablen de cosas que os parecen absurdas e incomprensibles. Escuchadles con indulgencia y les haréis felices. El velo de la materia será corrido demasiado pronto sobre sus radiantes recuerdos.

Tened siempre en vuestra mano completamente abierta, el alma de vuestro discípulo para que pueda abrirse con facilidad, tener confianza y mostrarse francamente a vosotros.

Haced que el niño os dé a conocer siempre sus primeras sensaciones, sus primeras impresiones, tan duraderas, tan vivas y tan importantes en el curso de la existencia: ellas son la clave que os hará conocer ese espíritu que se abre a la vida: es necesario que éste no se cierre por timidez, por miedo o por un amor propio excesivo que puede llamarse el pudor del alma.

Es preciso que podáis observar de cerca esas frescas florecencias, no solamente para dirigir el espíritu del niño, sino también a fin de que ellas sean para vosotros una enseñanza y sobre todo, un dulce cambio de alma a alma; lazo estrecho que constituye el verdadero parentesco.

Acostumbrad a los niños a ser dulces e indulgentes entre ellos. El gran defecto del hombre es ver siempre el mal en los demás y no observarse así mismo. La indulgencia y la dulzura son dos grandes virtudes que el espíritu debe adquirir para elevarse.

Si os veis obligados a usar de severidad, conservad siempre la calma; después de la reconvención, hecha siempre con suavidad, perdonad y asegurad al niño que él ha realizado algún progreso. Entonces su valor se reanima, y ve la prueba de que puede volver de nuevo al sendero del bien.

El niño recae con frecuencia en sus faltas; pero el hombre no puede ser demasiado severo con él, por incurrir también frecuentemente en las suyas.

Para educar bien un alma, preciso es ante todo dar el ejemplo de las virtudes que se exigen de ella, tener un gran dominio sobre sí mismo, unir la firmeza con el cariño y la ternura con la autoridad. Es necesario que el afecto se haga sentir siempre y que la indulgencia mitigue la insistencia en las observaciones.

Dejad pasar las pequeñas faltas y no tengáis piedad para

las grandes, para las que vienen de la dureza del corazón o de algún vicio que no hayáis podido corregir.

Pacientemente, como la gota de agua que perfora la piedra, desarraigad las imperfecciones, guiad las facultades, reanimad el valor, iluminad el espíritu acerca del camino que debe seguir y exigid el trabajo y el progreso en nombre del afecto.

Haced vibrar los corazones, razonad, atraed: sed, en fin, el verdadero tutor que sostiene y dirige esas jóvenes plantas, abandonadas a veces, y que tenéis el deber imperioso de hacer crecer y fructificar.

Los viejos deben ser los intermediarios entre el cielo y la tierra, y los más jóvenes deben consultarles y oírles con el respeto que merecen todos los que tienen la experiencia de la vida y como una vislumbre del más allá.

La sabiduría debe residir en vosotros que sois los viejos y el peso de vuestras palabras debe ser siempre una prueba del justo equilibrio de vuestras facultades, que ninguna tempestad deberá conmover.

Pensad que se necesita más voluntad y firmeza para ser dulce que para ser fuerte.

La violencia y la cólera son malas consejeras. Sembrad vientos y recogeréis tempestades: sembrad sonrisas y haréis nacer al rededor de vosotros la ternura y el amor.

Sólo el bien puede producir el bien.

Cuando tengáis que dirigir conciencias que suponéis desalentadas, excitad siempre en ellas los sentimientos generosos. No las castigáis moralmente. El castigo moral, menos aún que el castigo físico, no tendrá poder ni resultado alguno satisfactorio.

Obrad siempre con bondad, pero con firmeza; con dulzura armada de paciencia; con razonamientos sabiamente puestos a alcance de quien se trata de convencer, y sobre todo... predicad con el ejemplo, ved claro.... y para esto reflexionad en el recogimiento de todo vuestro sér, y jamás seréis engañados.

Sembrad siempre en vuestro camino los buenos pensamientos, los buenos ejemplos y las buenas resoluciones. Ellos no germinarán tal vez en largo tiempo, los crearéis estériles o caídos en malas tierras: os engaños. A su tiempo la simiente se desarrollará bajo ciertas influencias favorables, quizás tardías para los deseos del sembrador, y brotarán las buenas plantas. No os desalentéis por la lentitud del resultado. Que esto no

os preocupe en manera alguna, acaso no lo veréis vosotros; pero se conseguirá, y esto es lo principal.

“Sed perfectos como vuestro padre celestial es perfecto.” Esta gran máxima es preciso tratar de practicarla todos los días, porque si vosotros pedís mucho a los pequeños y los jóvenes, justo es que exijáis mucho de vosotros mismos.

En esta vía de perfeccionamiento hay siempre demasiado que hacer, porque vuestros pequeños esfuerzos cotidianos apenas bastarán para contener y destruir una mala costumbre o una tendencia perniciosa. Que todo lo que provenga de vosotros sea puro y bueno y esparciréis sin esfuerzo el bien y la felicidad en vuestro derredor.

Nada es tan contagioso como el ejemplo.

Recurrid a la bondad, a la calma, a la paciencia; practicad sencillamente estas virtudes y las personas más rebeldes serán convencidas y avasalladas.

¡Paciencia y dulzura siempre! Sed fuertes y dulces, tranquilos y buenos y podréis todo, absolutamente todo, en torno vuestro.

El bien atrae el bien, o si no existe, lo crea.

Poned todos vuestros esfuerzos cotidianos en adquirir esa serenidad que debe irradiar de un alma en paz consigo misma y con todas las demás. No seréis grandes sino con este poder de irradiación celestial y sólo haréis el bien armados de esta virtud. Ayudaos los unos a los otros para adquirirla.

---

## LA ROSA

(Dé Turgueneff)

Fue en los últimos días de agosto..... El otoño se aproximaba. El sol se hundía en el ocaso. Una lluvia torrencial, repentina, impetuosa, sin truenos ni relámpagos, acababa de recorrer a paso de carga toda la inmensa llanura.

El jardín, situado delante de la casa, humeaba como si estuviese ardiendo. La tierra, inundada antes por el agua, parecía bañarse en la luz de incendio del crepúsculo.

Ella, sumida en profunda melancolía, miraba obstinadamente el jardín, desde la sala, a través de la puerta entrecerrada.

Yo sabía lo que pasaba entonces en su alma: sabía que tras una corta y dolorosa lucha, cedía en aquel mismo instante a un sentimiento que no le era dado combatir por más tiempo.

De improviso, levantóse, salió vivamente al jardín y desapareció. Pasó una hora..... pasó otra, y ella no regresaba. Entonces me puse en pie y saliendo de la casa, me dirigí instintivamente en la dirección que ella había seguido.

Todo se oscurecía en derredor. La noche avanzaba rápidamente. Sobre la arena húmeda del sendero, enrojecida aún por la claridad que atravesaba la desgarrada niebla, vi un objeto redondo..... era una rosa tierna, apenas entreabierta. Dos horas antes había visto aquella misma rosa en el seno de la joven.

Recogí cuidadosamente la pequeña flor caída en el lodo y volviendo a la sala, la coloqué sobre una mesa.

Regresó ella por fin; con ligeros pasos recorrió toda la estancia y fué a sentarse en un sillón próximo a la mesa. Su semblante palidecía y se reanimaba alternativamente; corrió de pronto hacia otro lado con graciosa turbación. Viendo luego la rosa, arrebatóla, quedóse contemplando tiernamente los manchados y rugosos pétalos, volvió a mí la mirada, y apartándola súbitamente, se llenaron de lágrimas sus ojos.

—Por qué llora? le pregunté.

—Por esta rosa. Vea cómo ha quedado.

Yo presumía la causa de su tristeza.

—Sus lágrimas la limpiarán, le dije con marcada intención.

—Las lágrimas no limpian, las lágrimas queman,—replicó, y dirigiéndose a la estufa, arrojó la flor a la moribunda llama.

—El fuego quema mejor que las lágrimas,—añadió no sin pesadumbre....

.....  
 Y comprendí que ella también..... estaba ardiendo.



## RECUERDOS DE COLEGIO

AL REVERENDO PADRE LUIS J. ESPAÑA, EN EL DÍA DE SU SANTO  
(21 DE JUNIO DE 1878)

---

*Querido y Reverendo Padre:*

Hay momentos en la vida del hombre, momentos de llanto o de placer, que grabados en nuestra imaginación quedan siempre como el recuerdo, grato al par que doloroso, de las primeras caricias de una madre, si hemos tenido la desgracia inmensa de perderla. Momentos hay en que regocijado nuestro corazón parece elevarse y tender a su centro de felicidad.

El día de San Luis, el día del angélico joven, llegó por fin con sus cánticos de felicidad y el poético colorido que le dan las aclamaciones llenas de júbilo y de entusiasmo santo.

Es vuestro día, el de vuestro natalicio que debo celebrar; pero ay! así como una grata emoción enmudece al que la experimenta, quiere expresarla y no acierta a conseguirlo; así como el poeta, el verdadero poeta, que presentado de improviso ante el océano ilimitado, se suspende, la respiración parece faltarle y en lugar del hombre que desaparece envuelto en los pensamientos del infinito, no queda sino una estatua inanimada, pues a veces la inspiración huye de la sublimidad; así como al recibir una fatal noticia que ha de desgarrar nuestro sensible corazón, el grito se anuda en nuestra garganta y paralizada la sangre no circula ya por nuestras venas, así también, estimado Padre, hoy que el deber de persona agradecida me obliga a manifestar mis sentimientos y a daros una y mil veces las gracias por los servicios que nunca puede olvidar un corazón sensible a las bondades de tan generoso protector, mi lenguaje calla enmudecido, mi pluma no acierta a manifestaros estos sentimientos y mi débil lira que apenas comienza a dejar oír sus melancólicos gemidos, no se atreve, no puede atreverse a expresar las emociones gratas, gratísimas que experimenta mi alma en este día.

El silencio es a veces más elocuente que la palabra misma. Sólo puedo ofreceros el humilde homenaje de un eterno reconocimiento.

Cartago, 18 de julio de 1878.

AL REVERENDO PADRE CAMILO DE KONINCK

*Muy querido y Reverendo Padre:*

Justo es que el hijo presente al padre que le ha mirado con cariño, una pequeña prueba de reconocimiento. Justo que el discípulo consagre a su querido profesor el homenaje de su gratitud sincera.

Quien obedece a los impulsos de la naturaleza no puede menos de dar cabida en su corazón a sentimientos de agradecimiento y de cariño hacia aquellos seres que le han proporcionado el bien, el mejor de los bienes, el bien de la verdad.

Hoy, pues, que llega el venturoso día de vuestro natalicio, nosotros, inteligencias pobres que apenas ponen, por la primera vez, el pié en el sagrado umbral de la ciencia; pero corazones que aman y almas que reconocen los favores y los desvelos que por ellas se sufre, queremos, ya que no otra cosa digna de vuestros merecimientos, ofrecer os al menos el humilde y sencillo tributo de reconocimiento eterno.

Bien quisiéramos, querido Padre, expresar os los afectos de nuestra alma con los cantos de la poesía o las melodías del arte de Mozart; mas el sentimiento es también arte, pero hermano de la naturalidad. Si otra cosa hiciera, la torpeza de mis pensamientos, la aspereza de mis palabras, me impedirían deciros las naturales; pero vehementes emociones que experimento en estos momentos solemnes que han de quedar para siempre grabadas en lo más profundo de mi alma.

La sencillez es hermana también de la verdad. Leed benévolo estas líneas y por ellas juzgad de nuestros sentimientos que en este día de felicidad os ofrezco como humilde homenaje de la más viva gratitud.





Cartago, 25 de julio de 1878.

AL REVERENDO PADRE SANTIAGO PÁRAMO

*Querido Padre:*

Nace el hombre, y desde la cuna hasta el sepulcro, miserias y sufrimientos sin cuento le sobrevienen sin darle casi punto de reposo; mas, si el presente se nos ofrece con su aspecto más o menos repugnante, hacemos siempre gratos recuerdos del pasado y el porvenir se nos antoja, bajo la risueña forma de la esperanza, lleno de felicidad, de felicidad suma.

Eso no obstante, gratas emociones vienen de cuando en cuando a endulzar nuestra acibarada existencia. Hoy es uno de esos momentos de regocijo y expansión en que los afectos más profundos, las más agradables emociones nos conmueven. Hemos recibido, en vuestro nombre, el santo y augusto sacramento de la vida espiritual y venimos ahora a tributaros lo mejor que poseemos: el afecto sincero de nuestro corazón, siempre grato, siempre reconocido a vuestras bondades. Sí, gratitud, afecto sublime de nuestra alma que convertido en pasión vemos a veces por la intensidad de sus justos, benéficos efectos ¿qué es el amor filial, sino la gratitud del hijo? Los animales, en su incapacidad, nos muestran admirables modelos: el león, rey de las selvas y el fiero mastín, guardián de los palacios, lamiendo alborozados la mano que los acaricia. En ellos la gratitud es un instinto; en el hombre es más que un instinto, es una fuerza racional y, sin embargo, hombres ingratos, abortos de la humana naturaleza aparecen en todas las edades. La gratitud como sentimiento se expresa con un lenguaje natural: el poeta la expresará, naturalmente, con las armonías de su divino arte y la delicadeza de sus grandiosos pensamientos, el orador arrebatará con uno de esos golpes de entusiasmo que trasportan el espíritu a las regiones del ideal; empero, quien carece de dotes literarias, usará de la sencillez de sus conceptos para manifestar lo que su corazón siente, lo que conmueve su alma. Yo, pues, vengo a deciros solamente que sé ser agradecido y que vuestro nombre, la generosidad de vuestros sacrificios, se conservarán siempre en mi corazón con la misma viveza, con la misma intensidad que en estos momentos en que sólo puedo ofrecereros eterna gratitud.

## EL POBRE CHARINI

---

*Señor don José María Zeledón*

P.

Querido amigo:

Hace algún tiempo que tuvo Ud. la fineza de dedicarme unos sentidos versos. Permítame hoy ofrecerle la historia de un perrito, ajustada estrictamente a la verdad, escrita sin retóricas y al correr de la pluma.

Charini era el nombre de un precioso perrito faldero, pequenísimo y que cuando estaba aún en la lactancia, vino a formar parte de mi familia. Era una monada, una miniatura, vivísimo y parecía formado de un solo copo de algodón: para que la semejanza fuese mayor, carecía de rabo, pues apenas mostraba el nacimiento de ese importante apéndice. Tenía una inteligencia muy despejada y una alma (1) muy afectuosa.

A propósito: nunca he podido comprender cómo Ud. que posee una alma tan hermosa, matizada seguramente con los más delicados colores que revelan inteligencia, bondad, veracidad y particularmente honradez y entereza de carácter, se desconoce a sí mismo; cómo Ud. que en su joven y digna esposa puede constantemente admirar otra alma bellísima y en sus tiernos niños, almas encantadoras y luminosas, tampoco quiere reconocerlas. Ud. no encuentra almas ni en los seres humanos y yo las presiento, y aún puedo decir que las veo, en los animales y hasta en las plantas. En una de mis primeras tentativas poéticas me atreví a decir que las flores la tenían y llegué hasta asegurar que era de un fondo nacarado. Qué tal? Pero volvamos a mi perrito.

Charini, decía, era muy cariñoso, particularmente conmigo, pues bien sabía que en la familia era yo quien le profesaba mayor afecto.

Principió a crecer y a hacer sus escapatorias furtivamente. Muchos sinsabores nos hizo pasar cuando ya era de noche y no

---

(1) No debe confundirse el alma animal con el alma humana, o mejor dicho, con el espíritu inmortal.

aparecía; lo esperábamos ansiosamente, mi esposa y yo, con la puerta de la calle abierta, hasta el momento en que, de improviso, comparecía hecho una lástima, cubierto de lodo; pero muy satisfecho de su correría y saltando de júbilo. Lo reprendíamos y lo acariciábamos a la vez, como se hace con un niño en casos semejantes.

Siempre aguardaba mi llegada y cuando me veía venir, descendía velozmente la escala y salía a recibirme con el gozo más intenso pintado en sus miradas llenas de gratitud y en el incesante movimiento de su rabo rudimentario. Ladraba suplicante, y no quedaba satisfecho hasta el momento en que, bajándome, le permitía morderme suave y repetidamente las manos. Cuando lo habían castigado por alguna travesura, me lo contaba con un ladrido especial que yo comprendía perfectamente y si lo alzaba un instante, lo colmaba de felicidad.

A las horas de comer, cuando encontraba una silla vacía, la ocupaba, sentado sobre las patas traseras, sin molestar en lo más mínimo, contentándose con mirarnos melancólicamente. Un día, estando en esa posición con un aire más dulce y grave que de costumbre, se le ocurrió a uno de los niños decir: Charini tiene cara de santo, y a mí preguntar: y qué pecados puede tener Charini? La impureza, replicó uno de ellos más avisado. Pensé entonces para mis adentros: Qué felices seríamos los hombres siuviésemos ese único pecado!

Cierta noche, era ya tarde y el perrito no aparecía. Lo esperamos largo tiempo, cerramos tristemente la puerta de entrada y nos acostamos pensando en lo que podía haberle sucedido.

Al día siguiente, con gran sorpresa y satisfacción nuestra, recibimos una carta de él. Sí, amigo mío, nos escribió una cartita en que se excusaba por habernos dejado sin permiso y tomado el tren el día anterior, en que iba música de banda para las fiestas de Cartago, con el pretexto, según decía, de acompañar a mi tío y a uno de los niños que se dirigían a la antigua capital. Y se firmaba CHARINI.

Esto fué, naturalmente, una broma de mi tío encaminada a darnos noticias del perrito a quien sabía queríamos tanto.

Tuvo también una aventura. Una tarde, intentaba yo dormir la siesta, cuando oí el ruido de un disparo y los gritos de angustia de Charini en la calle. Acudí presuroso y, cuál no sería mi pena, y al propio tiempo mi indignación, cuando lo ví en brazos de uno de mis hijos, ante quien, un muchacho sin en-

trañas y sin más motivo que el de ensayar su puntería, le había dado un balazo con una pistola.

El perrito se retorció y se quejaba amargamente.

Mi señora y yo alborotamos el barrio con el relato de aquel hecho que juzgábamos criminal y nos quejamos en toda forma al padre del muchacho: un honrado obrero de nuestra vecindad.

Atendimos solícitamente al pobre herido y logramos salvarlo; pero le quedó siempre la bala que podía tocarse debajo de la piel.

Vino por fin una de esas crueles disposiciones de policía en persecución de la desventurada raza canina. Tuvimos encerrado al animalito; pero un día se nos escapó y no llegó a la hora de almuerzo. Envié apresuradamente a uno de mis niños al corral de la policía con cinco colones para el pago del rescate y volvió diciendo que, efectivamente, estaba allí y se había puesto contentísimo cuando lo vió venir, pero que no se lo habían querido entregar porque era preciso pagar diez colones para obtenerlo, añadiendo que había quedado de volver dos horas más tarde con el dinero.

Apenas almorzamos, volvió el niño, llevando esa suma (que habíamos reunido recogiendo cuanto dinero había en casa, pues estábamos a fin de mes).

Cuando regresó, ví en su semblante que había ocurrido una desgracia. Bañado en lágrimas nos refirió que, sin haber querido esperarlo, habían dado muerte al perrito, tomándolo por las piernas y estrellándolo contra un poste. Nuestro dolor y nuestra indignación no son para descritos. Estuvimos verdaderamente de duelo.

Así concluyó el pobre Charini su vida de amor, de gratitud y de la más tierna afección para toda mi familia y especialmente para mí.

Su afectísimo amigo y s. servidor,

J. M. ALFARO COOPER

San José, 17 de agosto de 1910.



## NOCHEBUENA

Esta noche se celebra en todo el mundo cristiano el más alto acontecimiento de la Historia: el misterio de la encarnación del Hijo de Dios que se hizo hombre para la redención del género humano.

Para los creyentes, ese inefable recuerdo, nos pone de rodillas y trae a nuestros labios una palabra de amor y de agradecimiento por tan incomparable beneficio que puede comprenderse únicamente sumergiendo nuestra alma en el océano infinito del amor divino.

Para los que no tienen la fé de Cristo, será siempre el acontecimiento más trascendental en la Historia de las naciones.

Y para los niños? Para los predilectos de Jesús, para esos seres llenos de gracia y de candor que son el encanto del hogar, la alegría de sus padres y la esperanza risueña del porvenir, en cuya sonrisa se vislumbran las dulzuras del Paraíso,

“esos recién venidos  
de las playas celestes”,

como dijo un gran poeta, es el día del regocijo, de los juguetes de Noche Buena. Los hijos de los ricos recibirán del Niño (No es siempre en su nombre y no lo recibimos todo de Dios?) regalos valiosísimos, y los pobrecitos, los hijos de los desheredados de la fortuna, también serán visitados por él, porque la caridad que inspira en los corazones generosos suplirá a la fortuna y, a falta de magníficos regalos, recibirán otros más modestos; pero que, para ellos no acostumbrados a tan deliciosas sorpresas, serán el colmo de sus infantiles deseos.

Que Dios prodigue sus bendiciones sobre esas personas amantes de los pequeñuelos y que el Dios Niño los obsequie con sus más preciosos regalos, llevando la paz a sus corazones y el perfeccionamiento en el sendero espiritual a sus almas generosas.

1913.

# INDICE

---

	<u>Página</u>
Ante mi retrato.....	5
<b>VOCES DE ALIENTO:</b>	
Del Dr. Machado.....	7
De José María Solano.....	8
De César Nieto.....	9
De Luis Dobles Segreda.....	11
De José María Zeledón.....	12
De José Fabio Garnier.....	14

## VIEJOS MOLDES

### VERSO

A mis versos.—Tristeza.—Anheló.....	23
Ilusión y realidad.—Rimas.....	24
A la Sociedad «El Porvenir».....	26
Revelación.....	27
A Rubén Darío.....	29
El ósculo de una artista.—A.....—A Chepita Mata.—A Consuelo.....	30
A la Patria.—A Bolívar.—Al 15 de Setiembre (1883).....	31
Al 15 de Setiembre (1884).....	32
Himno Nacional (Letra para el concurso).....	33
A una amiga de mi madre.....	34
Cómo es ella.—Risa y llanto.—Las dos dudas.—Desencanto.—A Marcelina.....	35
A un poeta.—Adiós a.....—Ni soñada.....	36
Las primas.—Decepción.—Cantarcillos.....	37
Inédita.—En un álbum.....	38

II

Página

Después de leer a Bécquer.—A Evangelina.....	39
Por el arte.—Ante la estatua.....	40
Dos de Noviembre.....	41
A una poetisa.—Primer tributo.....	42
Luctuosas.....	43
Nostalgia.....	46
La abuela.—Nochebuena.....	47
De mi hogar.....	48
Amores.—Rimas breves.....	49
A mi esposa (1903).—Ausencia.....	50
A mi esposa (1914).....	51
Tentación.....	52
Himno Eucarístico.—Canto a la Eucaristía.....	53
La mejor Comunión.....	54
A Jesús Sacramentado.....	55
A María.—A San José.—Lágrimas de madre.—El Angel....	56
Dos juicios sobre la vida humana.....	57

**PROSA**

El Gansero.....	59
La educación del niño.....	67
La rosa.....	71
Recuerdos de colegio.....	73
El pobre Charini.....	76
Nochebuena.....	79

